

PRIMER PUESTO

# El eterno

---

Lina Tatiana Rada Landínez  
Directora de Proyección Social  
Vicerrectoría de Desarrollo Humano  
[proyeccionsocial@uniagustiniana.edu.co](mailto:proyeccionsocial@uniagustiniana.edu.co)



¡Descanse en paz!, fueron las primeras palabras que se escucharon en La Clarita aquella mañana. A partir de ese instante, sentí que mi corazón también tenía la intención de detenerse, pues no soportaba la sensación de perderla. Recuerdo cómo mis manos transpiraban por la gran ansiedad que traían a mí sus recuerdos. Cerré mis ojos por un instante, me arrodillé frente a su cama y noté cómo un delgado haz de luz se filtraba en su habitación por la rendija de la puerta. En ese momento, percibí cómo las sombras de los demás espectadores se movían frente a La Clarita; eran voces diferentes, que no lograba distinguir, pese a mis enormes orejas.

Me puse de pie, tomé su mano e incliné mi cuerpo para darle el último beso, mis labios sintieron su rostro que estaba totalmente frío y por un instante pensé que todo era un sueño y, por supuesto, de eso se trataba. Desperté y noté que en mi mano derecha tenía un sobre arrugado; ha de ser que me dormí apretándolo tanto que ni cuenta me di. Empecé a recordar quién me lo había entregado, pero no lograba distinguir las imágenes con claridad, pues me encontraba tan agotado a causa del desgarrador acontecimiento que había tenido el día anterior. Eché cabeza, como decimos por aquí, y empecé a unir las piezas. Recuerdo que salimos de La Clarita junto con los más allegados, nos adentramos en un viaje lento, lleno de flores y una gran cantidad de lágrimas que brotaban de los ojos de todos los espectadores. Al llegar al lugar, alcé mi rostro y lo primero que mis ojos vieron fue un despampanante hombre, vestido de mil colores, como si de una gran celebración se tratara, cuando en realidad era otro contexto, totalmente gris.

Decidí no prestarle atención alguna; continúe caminando con el peso del ataúd en mis brazos y el dolor en mi corazón; éramos seis los hombres que la cargábamos, y así llegamos al lugar donde ella iba a estar para siempre. De repente, el señor pintoresco se acercó con un gesto misterioso, tomó mi mano y me entregó un sobre; le

pregunté de qué se trataba, él sonrió y sin decir palabra dio vuelta y partió.

De nuevo en La Clarita, intenté recordar cuando de pequeño dormía junto a ella. Me recosté en su cama, tal como ella la había dejado, pero los murmullos, sollozos y gritos eufóricos del 20 de Julio no me permitieron continuar en mi catarsis. Así que, al ganarme la curiosidad, me dispuse a levantarme. A mi mente, llegó fugaz esa rutina diaria enmarcada por mis deberes corporales, que me permiten sacudirme, dejar mi cuerpo perezoso e intentar despertar mis piernas para lograr el primer propósito del día, sentarme al borde de la cama. Logrando este importante acontecimiento, resolví tomar mis anteojos, dirigí la mirada hacia la mesa y sobre ella vi el vaso de vidrio en el que ella, noche a noche, dejaba su sonrisa refrescándose. Noté que, aún en mi mano derecha sostenía el sobre que aquel personaje me entregó.

No tenía mayor interés por abrirlo porque nada me la iba a devolver, así que lo tomé y lo dejé encima de la mesa. Aún sentado al borde de la cama, miré a mi alrededor y detallé a La Clarita como la he conocido desde que era pequeño, bastante espaciosa, iluminada, con dos plantas, una cocina llena de sabor y varias habitaciones, en las cuales habitan los más grandes secretos. Mi espacio favorito es sin duda el enorme patio, en el cual se aloja un extenso jardín que inspira libertad, donde el aire corre, los pájaros arman sus nidos y las mariposas vienen y se van. Pero sobre todo, ese es el lugar en el que puedo cerrar los ojos para activar mi sentido del olfato y percibir aromas únicos, que solo alcanzo a imaginar gracias a la cantidad de árboles frutales, peras, manzanas, arbustos de moras y unos cuantos lulos. Una huerta a la que siempre recurro cuando quiero encontrar una cura natural a mis congojas; sus fragancias y resplandecientes colores hacen del paisaje algo maravillosamente perfecto, que a mi edad puedo disfrutar tranquilamente.

Después de haber contemplado y recordado, decidí tomar el sobre. Lo desarrugué, lo moví y lo miré a través de la luz que se reflejaba en la habitación para ver si podía notar algo; pero no, así que me ganó la curiosidad. Poco a poco, lo abrí, pues no quería que se dañara lo que se encontraba en su interior; saqué una hoja, la desdoblé y empecé a leerla. Era ella...

*Amado hijo:*

*Tú fuiste la última alegría que llegó a mi corazón, eres tan igualito a tu padre.*

Soy el menor de cuatro hermanos, Abel, el mayor, medía poco más de un metro ochenta, de huesos grandes y piel sobrante, de grandes mejillas, las que estaban llenitas de pecas color café, que le daban cierto toque de picardía. Mis hermanas, Ana y Ema, eran igualitas; recuerdo sus grandes ojos cafés y su cabello fino. Y, finalmente, estaba yo, siempre recordado por mis inmensas orejas, así que algo debía heredar de él, como decía mi madre.

*... Te recuerdo por tus infinitas picardías, esas que tanto mal genio me causaban, pero que luego llegué a comprender. Eras un pequeño con grandes ansias de conocimientos, de explorar mundos inigualables que creabas en tu mente...*

Me detuve e imaginé lo que mi madre pudo estar pensando en ese momento. En La Clarita, cada uno tenía su espacio. El cuarto de Abel, mi hermano, siete años mayor que yo y amante de las historias fantásticas, siempre fue mantenido por él como un universo mágico de grandes historias, en el que cada uno tenía bajo su poder un imponente reino. La habitación que miraba al patio era de Ana y Ema, ellas la catalogaban como un lugar donde primaba el gusto por los animales, las artes y la música. Y estaba este lugar donde justamente me encuentro hoy sentado. Recuerdo con total respeto, que el único espacio intocable era esta habitación, la de

mis padres, en donde guardaban sus más íntimos secretos, como si de un cofre se tratara.

*... Sé que hoy te encuentras en una edad en la que entiendes que el amor de tus padres será único e irremplazable, es el tipo de amor que no tiene límites, en el que sí existe perdón y los errores no se juzgan, se fortalecen, como hojas de aprendizaje que forman tu vida...*

Con el vacilante ruido del exterior, me detuve a recordar esos días de lluvia, cuando el sol se negaba a mitigar el frío y, abrumada, mi madre iba y venía por el pasillo interior hasta lograr entibiar su cuerpo. Luego, con un fuerte apretón, nos compartía su calor y lograba que todos asistiéramos sus fuertes energías de amor. Hasta este momento, he sentido gran serenidad al saber que mi madre se fue tranquila y en paz...

*... Te conozco tanto que sé cuando estas sintiendo tus mayores alegrías y así mismo sé cuáles son tus más profundas tristezas. Es por eso que hoy decidí decirle a mi buen amigo José, que te entregara esta carta, la cual escribí cuando eras aún muy niño, un día en el que vi cómo tu corazón se quebró, no como te lo estás imaginando, la muerte no tiene nada que ver. Aquí, el principal protagonista es Gregorio, como tú le solías llamar...*

Ahora me embarga un gran sentimiento de culpa porque pudo ser él, el causante de que mi madre viviera con un profundo dolor, que solo llegó a manifestar cuando empezó a deteriorarse su salud. Gregorio, al que ella se refería, era un señor de carácter fuerte y misterioso. Siempre fue muy curioso para todos, sobre todo, cuando agarraba a mi madre y se encerraban en su consultorio; lo único que podía recordar era cómo Abel nos decía vengan para acá, no hagamos ruido, nos metíamos debajo de la cama y cerraba mis ojos, tan fuerte, por el temor que eso me causaba. Debo confesar

que siempre tuve mucho miedo porque no sabía que ocurría; mi madre salía llorando y desconsolada, nunca nos dijo qué pasaba allí adentro.

Gregorio era un médico herbolario, recuerdo que hizo colgar jaulas de diferentes tamaños y colores en las que se acogía un grupo de plantas medicinales. Pidió que en todas se colocara un papelito de memoria con los beneficios de cada una. Así, mi hermano Abel, además de ser el más curioso y él más preguntón, podría ir preparando sus conocimientos con el fin de recordar todo cuando fuera más viejo.

Siempre me causaron gran intriga las materas de color pardo que se encontraban adornando los diferentes espacios de La Clarita y en la que retoñaba cada mes un majestuoso arbusto de flores violetas a las que Gregorio, con inmenso amor, más del que nos tenía a nosotros, llamaba “eternos”. Para mí, siempre fue perpetuo el tiempo y me producía mucha ansiedad esperar cómo florecían dentro de La Clarita.

*...Tu padre, Gregorio, era un hombre con muchos defectos, impaciente, frío y muy reservado con sus sentimientos, algo que soporté durante todos los años que estuve junto a él. Sin embargo, desde muy pequeños, fuimos muy cercanos, siempre fue y será mi mejor amigo y eso lo convertía en mi mayor confidente. Había algo en particular que lo mantenía intranquilo y que acentuaba aún más su personalidad indiferente y particularmente distante hacia nosotros. Teníamos grandes problemas, tú no los veías, porque eras muy pequeño y no entendías muy bien las situaciones incómodas por las que él tenía que pasar. Esto no quiere decir que ustedes tuvieran la culpa. No, por el contrario, siempre lo animaba a no ponerle cuidado a su hermano Hernando, ese que insistentemente lo persiguió durante muchos años hasta tal punto, que quiso sacarnos de La Clarita*

*para quedarse con lo que a él le correspondía de la herencia, sin que tus abuelos aún murieran.*

*Sé que recordarás nuestras reuniones en las que nos encerrábamos por horas en su consultorio y en las que muchas veces ustedes me vieron salir de ahí triste y llorando. A pesar de que éramos tan buenos amigos y confidentes, él decidía guardar sus secretos. Tal vez sería porque no quería que nosotros sufriéramos tan incómodos acontecimientos...*

La verdad, a Gregorio lo detestaba con toda mi alma, tanto como pensaba que él nos detestaba a nosotros; era a la única persona que aborrecía en esta tierra, siempre tan frío, gritando, amenazando y llamando la atención. Era un egoísta. Era ese típico tipo de persona que era muy simpático y fingía agrado cuando estaba fuera de casa, pero que, adentro de La Clarita, ni nos determinaba. No olvidaré que, en un cumpleaños de Ana y Emma, el único regalo que pidieron fue un abrazo de él; Gregorio, muy precavido, se acercó a ellas y las dejó con los brazos extendidos, sonrió, dio media vuelta y se alejó. Nunca supe cuáles eran sus miedos o temores de que nosotros recibiéramos su amor.

*... Hijo mío, sé lo que debe estar pasando por tu mente, esa impotencia de no poder hacer nada para cambiar las actitudes de tu padre hacia ustedes. Pero algo sí te puedo asegurar, y es la profunda emoción que él encontraba al verlos a todos reunidos en la llegada de los eternos...*

Junto a mi madre y mis hermanos, éramos los primeros afortunados en presenciar este gran acontecimiento del que ella hablaba. Como si cada quien supiera ya qué hacer, mes a mes, dábamos la bienvenida a esto tan maravilloso. No sabía que había significado tanto para él.



—Estoy mirando desde aquí a mamá —dijo Ema—. Parece tan ansiosa, mi madre tiene, naturalmente, sus debilidades —añadió, después de un breve silencio—, así y todo, es una mujer poco común.

—El clima en Bogotá es bastante impredecible —decía Abel muy asustado, quien solo pregonaba— ¡otra vez! —Decía con desesperación— ¡Otra vez habrá lluvia!, como si fuera a propósito... ¡Qué triste!, los eternos no brotarán.

—¡No, muy bien!... ¡Que llueva! ¡Que llueva! —Exclamaba Ana— ¡Que se inunde todo el patio de los inmensos destellos violetas!

En sus manos llevaba un lazo de siete colores, con el cual había estado saltando durante horas, en el que ahora había llegado a ser el mejor de los escenarios y sería adornado con los colores del arcoíris para el majestuoso momento.

—¡Ven acá, Juan! —Le dijo Gregorio —Déjeme mirarlo un poco más de cerca.

Yo salté desde la alberca y salí corriendo con un balde lleno de agua; más eran las gotas que estaban en el suelo que el agua que realmente llevaba. Llegué donde Gregorio, con mirada tímida y como quien no quiere la cosa. Todos reunidos, me miraron y suspiraron sin saber por qué.

—¡Siéntese! ¡Siéntese! —Decía Gregorio con gran impaciencia—. Yo no le voy a decir cómo lo tiene que hacer, usted ya debe saber —y me daba una palmada en el hombro y se retiraba.

En el otro extremo, veía cómo su mirada intimidante me producía temblor en las piernas porque me generaba la certeza de que lo haría mal.

—¡Muy bien! —dije.

Y con total asombro y con mis manos húmedas y temblando me preparé.

—¿De qué te asustas, tonto? ¡Qué ser tan extraño! —Decía Ema.

—¡Basta, basta, Ema!... —Le reclamaba.

Suspiré algo molesto echando mi cabeza hacia atrás, tomé la mitera, la puse justo en mi cadera, la abracé como si se tratara de un ser y comencé a girar con bastante ritmo, o eso era lo que yo creía.

—A ver Juan, ¿cómo es tu escena para la bienvenida de este mes?

—Me preguntó Helena, mi madre.

Me coloqué en pose y simultáneamente levantaba cada pie; con sus palmas íbamos rodeándolos de alegría. Después de dos vueltas, me detuve y en tono alto dije:

—¡Brotaaaaa ya!

Todos rieron a carcajadas, menos Gregorio, quien siempre mantuvo su entrecejo fruncido. Es gracioso, pensé. Era claro que me avergonzaba mucho hacer esas escenitas. Sin embargo, nada disfrutaba más que verlos sonreír.

—¡Por Dios, vean lo que sucede! —Dejé escapar un grito, con una amplia sonrisa tendí mis brazos, dejé el eterno en el suelo y con ayuda del sol, que se tornó más cálido, empezaron a brotar todos los eternos que adornaban a La Clarita.

De un momento a otro, cuando todos estábamos en completo silencio, salió él y dijo:

—¡Excelente! ¡Magnífico!

Y se frotaba las manos, contagiado de un gran entusiasmo, sentimiento que no le duraba más de un minuto. Pero, bueno, eso realmente no interesaba, porque un cuarto de hora después, La Clarita estaba inundada de un violeta grandioso.

*... Ahora sabes, el porqué de sus limitadas muestras de cariño...*

Realmente, siempre fueron un misterio sus actitudes hacia nosotros. Mientras me deslizaba a velocidad infinita, pasaba nuevamente por mi cabeza el recuerdo de los que amé, de los que habían partido sin que yo pudiera remediarlo. Todo esto había transcurrido en un minuto o en mil años, no sé; yo estaba ahí en completo silencio al principio y después acompañado de una música extraña, pero a la vez conocida. Era la que mi madre disfrutaba a diario cuando se disponía a embellecer con amor los espacios de la hermosa Clarita.

*... Juan, ahora sabes algo de lo que el corazón de tu padre guardaba y la mágica fiesta que él creaba para la llegada de los eternos. Si pudieras darme un último regalo, sería que brotara por siempre un eterno en tu corazón...*

*Con amor, Helena.*

Con la nostalgia que me embargaba, comencé a sentirme muy raro y a sentir que el aire me faltaba un poco. Inesperadamente, recibí una violenta convulsión, que me hizo ponerme en pie y, con pasos inciertos, noté que mi ropa era varias tallas más grandes que mi cuerpo. Me detuve a cortos pasos y preferí arremangarla para no caer; de pronto, noté que mis uñas estaban envueltas en tierra y, al mirar mis manos, con gran asombro me di cuenta que estaban muy estiradas, sin una sola arruga y sin pecas. Sorprendido, aceleré los pasos y poco a poco la distancia entre ambos fue haciéndose más pequeña; llegué a la ventana, pues el constante ruido me inquietaba, con mis cortos brazos y mi poca fuerza logré estirarme hasta abrirla completamente y al asomarme sentí que el corazón se me paralizaba al ver una figura conocida al otro extremo del patio. Empecé a correr desesperadamente, bajé muy rápido las escaleras, mientras algo me decía que esa pizca de pasado que solía detectar era justamente aquel perfil difuminado que se hallaba cada vez más cerca.

Mis pasos se hacían más ligeros, ya no recordaba nada, solo sentía que las sombras, que una vez vi desvanecerse, venían hasta mí renovadas y frescas a instalarse otra vez.

¡Llegué!, ahí, de pie, estaban ellos, Gregorio y mi madre; los abracé durante mil segundos, sentí una obligada necesidad de mirarlos a la cara, de tocarlos, de sentirlos, de cerciorarme que eran ellos. Cuando los reconocí, pude observar más detenidamente mi entorno. En el patio se encontraba Abel, esperándome para jugar a los reinos con su espada entrelazada en su pecho y su escudo colgando de su brazo derecho. En el otro extremo, estaban mis hermanas menores, Ana y Ema, saltando y jugando a la golosa, como si del mejor juego se tratara.

Mi padre, a quién por primera vez llamé de esta forma, con un gesto me señaló algo al frente: era un campo inundado de eternos, que adornaban a La Clarita. Sentí gran alegría, mi padre sonriente me tomó de la mano y lo abracé tan fuerte, que todos sus temores se desvanecieron. ¡Estaba feliz, volví a ser niño! Continuamos por el frondoso patio que adornaba y embellecía a La Clarita y, sin mencionar frase alguna, nos topamos con un eterno, mi padre tomó una de sus flores, la puso en mis manos y, como si él percibiera todo mi dolor, expresó la palabra que sanó mi corazón: ¡Discúlpame! Me dejé conducir por él, caminamos durante unos minutos por el frondoso campo de eternos y, mientras tanto, en mi mente yo iba dando inicio a nuevas aventuras.

Fin